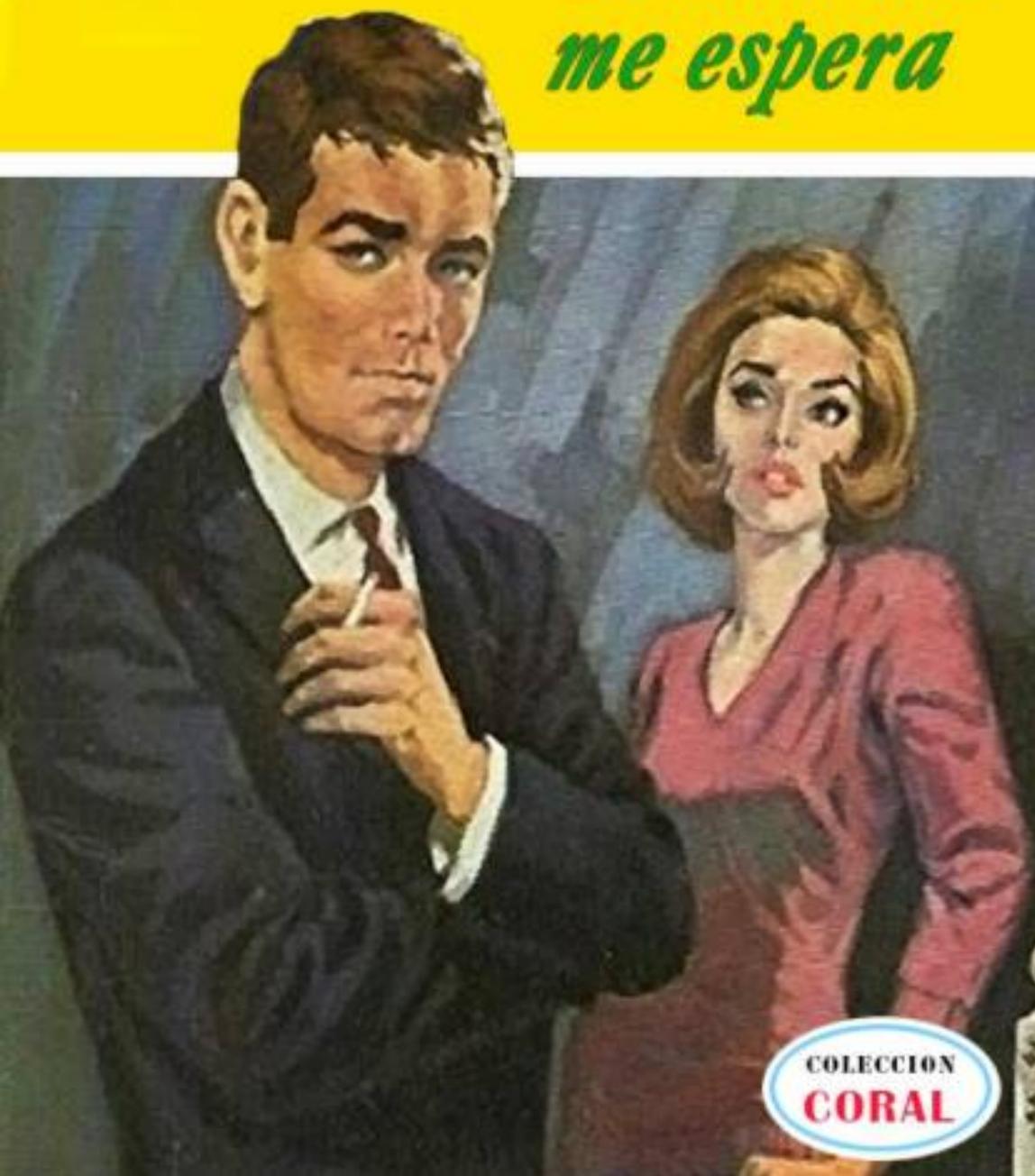


Corín Tellado

*Mi marido
me espera*



COLECCION
CORAL

Will Lomax, acaudalado financiero londinense, recibe una carta de Thomas, su amigo de la infancia. Él también ha triunfado y es ahora un multimillonario que desea sentar cabeza. Le pide a su amigo que le encuentre una mujer a su medida: «morena, alta y arrogante», con la que se casará por poderes. Beatriz Mac Whirter, una distinguida muchacha, acaba de ser abandonada por su prometido. Para evitar el escándalo accederá a casarse con un extraño. El encuentro de dos temperamentos indómitos, revolucionará la vida de ambos.

Capítulo 1

Will repasaba la correspondencia. De pronto lanzó una exclamación. Audrey le miró asustada.

—¿Qué te ocurre?

—Mira. Es de Thomas Wales. ¿Desde cuándo no me escribe este tunante? —Sacudió el sobre—. ¡Quién iba a decirlo! —añadió, al tiempo de romper la neta—. Cuando éramos unos simples estudiantes de tercer grado —arrugó más la nariz—, siempre decía que llegaría a ser millonario. Yo me reía. Eramos dos muchachos con muchas ilusiones, pero escasos recursos —se repantigó en la butaca—. Y ya ves; yo llegué a ser un personaje en la City, y él... uno de los hombres más ricos de América. Se fue a los dieciocho años. Los estudios no se hicieron para él. Yo seguí mi carrera aquí, en Inglaterra...

—¿Qué te dice? —preguntó la esposa, levantando los ojos de la revista que miraba.

—No la he leído aún.

—¿Qué esperas? Ya conozco toda la historia de tu amado amigo Thomas. No precisas repetírmela —rio con ternura—. Tantos años de separación y sigues pensando en tu amigo, como si aún fuerais los dos alumnos de tercer curso.

—Es verdad. Era el mejor amigo. Hay pocos como él, Audrey. No te puedes fiar de nadie. Thomas era un muchacho algo bruto, si quieres; tal vez el dinero lo haya refinado. Pero dentro de su rudeza, existía un corazón así de grande —abrió los brazos—. Un gran amigo, Audrey —añadió con

nostalgia—. Nunca tuve otro amigo como él desde que se fue. Él ha llegado a su meta y yo llegué a la mía. Te aseguro que cuando éramos jovencuelos, nadie hubiera vaticinado el triunfo para ambos. A él le gustaban mucho las mujeres y el alcohol. A mí...

La esposa se echó a reír.

—También, Will. ¿Por qué no eres sincero contigo mismo?

¡Hum! Veamos lo que dice Thomas.

Desplegó el sobre y empezó a leer en voz baja. De pronto lanzó un resoplido.

—¡Audrey, Audrey! —exclamó sofocado—, esto es inaudito. Escucha. Cosas de Thomas —rio a carcajadas—. ¿A quién se le puede ocurrir semejante cosa? Escucha, escucha...

—Te estoy escuchando desde que empezaste, Will. Lee de una vez.

«Querido amigo: apuesto a que no te has olvidado de mí. ¡Claro que no! ¿Sabes una cosa, Will? Desde que aquella mañana me acompañaste al barco que había de llevarme de polizón a Nueva York, no he dejado de pensar en ti, pese a lo poco que te escribo. ¿Recibiste mi última tarjeta por Navidad? ¿No? Bueno, es igual. Lo cierto es que nunca me olvidé del gran amigo. Ahora te necesito y recurro a ti. ¿Sabes lo que deseo? Una esposa. Sí, sí, no pongas esa expresión de terror. Necesito una esposa. ¿No te has casado tú? Sé que eres muy feliz con Audrey. ¿Por qué no venías a hacerme una visita? Te digo que necesito una esposa y la deseo inglesa. ¿Quieres hacerme el favor de buscármela? Me fío de ti. No quiero una divorciada. 1 la de ser aproximadamente de mi edad. Treinta años. Una mujer a esta edad ya tiene un poco de sentido común. He decidido tener

hijos, legítimos, de legítimo matrimonio. Me he cansado de las muchachas que pretenden cazar mis cuartos. Prefiero comprar una, a que una me compre a mí. Que sea morena, alta y arrogante. Detesto las fragilidades. Nada de remilgos, Will, ya me conoces. Dile que puedo cubrirla de oro. Cásate con ella en mi nombre, envíamela y ponme un cable. Iré a buscarla. Te envío un giro para que le compres el brillante más hernioso que haya en Londres. Oye, procura que sea sencilla, que yo pueda comprenderla. Ya sabes que mis estudios se detuvieron en el tercer grado. No me mandes una supercultura. Detesto las jóvenes que recitan los clásicos franceses sin parpadear. Contéstame pronto y dime si ya la tienes dispuesta. Un abrazo de tu amigo... Saluda a tu esposa en mi nombre,

»THOMAS».

—¿Qué te parece?

—Una *tomasada*.

—Es un hombre excepcional.

—¿Por pretender casarse por poderes con una mujer que ni siquiera conoce?

—Mujer, él no tiene tiempo para elegirla.

—Pero lo tiene para conocer jóvenes que van a la caza de su dinero.

—Audrey, no te pongas así. Debes ayudarme a encontrar una esposa apropiada para Thomas.

Audrey miró a su marido con expresión incrédula.

—Oye —exclamó—, no pensarás... buscar una mujer para Thomas, ¿no?

—Claro que lo pienso.

—No cuentes conmigo.

—Mujer.

—No, Will. Aún no estoy loca. Nadie puede buscar una mujer para otro. Eso es un desatino. ¿Qué puedes saber tú de los gustos de tu amigo?

—Ya me lo dice él. Morena. De treinta años...

Audrey se puso en pie, alzándose de hombros. Era la hora de comer, y una uniformada doncella anunció que la mesa estaba dispuesta.

—Pasemos al comedor, querido Will —rio Audrey, asiendo de la mano a su marido—, y olvida ese asunto. Escribe a Thomas y dile que venga a Londres a buscar mujer, puesto que la prefiere inglesa.

El esposo se puso en pie, pero no depuso su interés.

—Haré todo lo posible por ayudarle, Audrey, y estoy seguro que tú me ayudarás también.

Beatriz Mac Whirter apretó los labios y retorció las manos una contra otra.

—Calma, Beatriz.

—¿Calma? —repitió la preciosidad de muchacha, con los ojos secos a fuerza de contener las lágrimas—. ¿Se puede tener calma con lo que me pasa a mí? ¿No te das cuenta, Audrey?

—Sí, sí, pero...

—Todo de golpe. Primero papá muerto de un tiro. ¿Quién iba decirme que papá se mataría?

—Beatriz...

Will daba paseos precipitados por el lujoso salón. Con las manos tras la espalda, miraba la desolación que los criados iban dejando tras de sí. Solo quedaba en el salón, el sofá donde descansaba Beatriz, un cuadro y una alfombra. Pronto pasarían a recogerlo los encargados de la subasta.

—Lo mejor —dijo deteniéndose— es que vengas con nosotros, Beatriz. ¿Qué vas a hacer en una casa vacía? Además, pronto vendrá el nuevo dueño a hacerse cargo de

ella. No me explico por qué no has acudido a nosotros, antes de permitir esta mezquina subasta.

—Todo estaba hipotecado, Will —dijo la esposa—. Beatriz no sabía nada...

—¿Y...? —apretó los labios. Beatriz lo miró con cariño.

—Sigue, Will, no te detengas.

Will apretó los puños y se detuvo ante Beatriz.

—¿Dónde puedo encontrarlo? ¿No era tu prometido? ¿No ibais a casaros?

—Will —dijo Audrey sofocada—, ya está bien. Beatriz ha sufrido mucho. No debes sofocarla más.

—No importa, Audrey —miró a Will—. Lo ocurrido es del dominio público. No me duele que lo sea. ¡Qué más da! Mi pena es horrible, Will, pero no porque James me haya dejado en un trance así, sino porque papá murió, tal vez martirizado, por lo que él consideró mi mayor vergüenza. Debí ser fuerte, y murió como un cobarde. A mí no me asusta la ruina, Will —miró a su amiga—. Tú bien lo sabes, Audrey. Lo que me asusta, lo que me aterra, lo que en realidad me horroriza, es esta soledad. El hecho de que papá se arruinara y nada me dijera, es lamentable. Yo le hubiera consolado, pero él no lo comprendió así.

—Ahora no pienses en ello.

—El hecho —prosiguió con un hilo de voz— de que James no volviera...

—James necesitaba dinero —gruñó Will— y creyó, como creímos todos, que la fortuna de tu padre era sólida.

—Cállate, Will.

—¿Acaso no es cierto? ¿No dio pruebas de ello?

Las dos mujeres guardaron silencio.

—James marchó a Brasil ayer noche —dijo Beatriz de pronto—. Lo supe por un amigo que ha venido a darme el pésame.

—¿Sin despedirse de ti?

—No pudo hacerlo, porque... porque era una vileza.

—Ya.

—Bueno —decidió Audrey—. Hoy vas a venir con nosotros a casa. Mañana ya se pensará en lo que será mejor hacer.

—Pero.

—Vamos, Beatriz —pidió a su vez Will—. Que se lo lleven todo y guisen los cimientos. Tiene razón Audrey. Tú te vienes con nosotros, y mañana... Ya pensaremos con calma.

No fue fácil convencerla, pero al fin lo lograron. Ya en el auto, camino de la lujosa residencia de Audrey y Will, Beatriz no pudo más, y ocultando el rostro entre las manos, sollozó.

—Beatriz.

—Déjala que lllore —dijo Will—. Necesita llorar.

—¿Le amabas tanto? —preguntó Audrey—. Hace tanto tiempo que no te veo, Beatriz... Si no es por los periódicos, ni siquiera nos habiéramos enterado de la muerte de tu padre.

—Cuando nos sentimos felices —dijo la joven sin dejar de llorar— apenas nos acordamos de los demás. Después, cuando la desgracia se cebó en mí, sentí reparos, Audrey. Si cuando era feliz no compartí contigo mi felicidad, ¿qué derecho tenía a hacerte partícipe de mi amargura?

—Para eso estamos los amigos, querida Beatriz. Ni tú ni yo podemos olvidar fácilmente lo unidas que estuvimos durante nuestros tiempos de colegialas y, después, antes de casarme yo. Tampoco puedo olvidar que fuiste mi primera dama de honor en mi boda.

—Lo mejor de todo —opinó Will sin dejar de conducir— es que ahora os olvidéis de lo ocurrido.

Ambos habían logrado enviar a Beatriz a la cama. Solos de nuevo, en el rincón del salón, ante la chimenea encendida, Will Lomax fumaba un habano, mientras su esposa, pensativa y silenciosa, contemplaba absorta las chispas rojizas que saltaban de la chimenea.

—¿Quieres explicarme lo ocurrido, Audrey? —preguntó el marido por tercera vez—. No acabo de comprenderlo. Hugo Mac Whirter era millonario. Al menos, en el mundo de las finanzas se le consideraba como tal. ¿Qué pudo ocurrir para que surgiera esta estremecedora bancarrota?

—Jugadas de Bolsa primero, y luego se asoció con un canalla que aducía poseer minas de oro. La ruina fue fulminante. Hugo no pudo soportarla y se suicidó.

—¿Y James Holland? ¿No iban a casarse?

—En efecto, Will. Pero no se han casado. James, al conocer la ruina de su prometida y la aparatosa muerte de su futuro suegro, se sintió tan cobarde como Hugo y huyó, sin dar a Beatriz una explicación.

—¡Maldito gusano!

—Los acreedores se lanzaron sobre los restos de la fortuna de los Mac Whirter, y aquí tienes a una muchacha lindísima, que hace apenas unas semanas se la consideraba una de las más ricas herederas del país, convertida en una pobre chica sin un chelín.

Will fumó deprisa. Se sentía deprimido. Él tenía la fatalidad de sentir como propios los desgarros de sus amigos. Cierto que Beatriz no era amiga suya, pero lo era de su esposa. Íntima amiga. Mientras Audrey no se casó con él, de eso hacía tres años, Beatriz y Audrey fueron inseparables. Aun después de casados, mientras Beatriz no tuvo novio formal, siempre estaba en su casa, haciendo compañía a Audrey cuando él estaba ausente, y aun hallándose en su hogar, Beatriz compartía muchas veces la mesa y hasta las tertulias. Y cuando Hugo Mac Whirter, por asuntos de sus negocios se veía obligado a ausentarse, Beatriz se instalaba en el hogar de su amiga hasta el regreso de su padre. Por esa razón, ni él ni Audrey podían permitir que en trance tan horrible la joven amiguita se sintiere sola.

—¿Qué vamos a hacer, Will? —preguntó Audrey, deteniendo los pensamientos de su esposo—. No podemos permitir que Beatriz se sienta sola.

—Por supuesto. Pero no te olvides que es muy orgullosa y que no permitirá que nos ocupemos de ella.

—Tendremos que hacer uso de toda nuestra ternura y diplomacia, para no herir su susceptibilidad.

—Por supuesto.

—Por ahora está soportando el golpe con estoicismo, pero... Llegará un momento en que será la comidilla de toda la sociedad, y eso Beatriz no podrá soportarlo.

—Oye —exclamó de pronto Will—, ¿sabes qué estoy pensando?

La esposa lo miró interrogante.

—Casarla con Thomas.

Audrey se estremeció.

—Estás loco, Will. No lo pretendas siquiera. No le digas nada a Beatriz. Se sentiría ofendida.

—Thomas es un gran hombre, y millonario por añadidura.

—Sí, puede que sí... Pero te olvidas de que Beatriz es una muchacha frágil, de una distinción innata. Es rubia, además, y tiene los ojos azules, y cuenta solo veintiún años.

—Eso es lo de menos. Thomas se hará cargo.

Audrey movió la cabeza de un lado a otro con pesadumbre.

—Los hombres como Thomas, Will, tienen un criterio propio, y no es fácil desmontarlos de él. No. No es Beatriz mujer apropiada para tu amigo. Te oí hablar demasiado de él. Me lo has retratado como un hombre cargado de dinero y ordinariez. Muy noble, muy honrado, muy cabal, pero sin refinamiento alguno. ¿Conociste a James?

—Hum.

—Era el prototipo del hombre exquisito.

—Ya. ¿Te has fijado en el resultado de su exquisitez? Thomas jamás hubiese abandonado a su novia en un trance así. A eso le llamo yo refinamiento, Audrey.

—De todos modos, no es Thomas el hombre indicado para Beatriz. No hablemos más de esto, Will. No sería pru-

dente ni humano que, dada la situación, indicáramos a Beatriz una boda que la rebajaría ante sus mismos ojos.

—Vosotras, las mujeres de la alta sociedad, sois especiales. Dime, Audrey querida; ¿qué tengo yo, además de dinero? Y te has casado conmigo. Yo soy un tipo parecido a Thomas. Carezco de refinamiento. No soy diplomático, no soy exquisito. Pero tú me amas.

Audrey alargó la mano y la perdió entre los largos dedos de su marido.

—Te amo, Will —susurró zalamera, oprimiéndose en sus brazos—. Cierto que te amo. Ya sé que no tienes nada de lo que las mujeres deseamos hallar en nuestros maridos, pero yo te amo.

—Bien —rió perdiendo su boca en los labios abiertos de su mujer—. Querida... si tú me amas siendo como soy, ¿por qué tu amiga, que pertenece al mismo mundo exquisito que tú, no puede amar a Thomas?

—Porque Thomas es diferente a ti. Basta leer su carta para que una se dé cuenta de que sois distintos.

—De todos modos... se lo diré a Beatriz.

—No.

—Y tú me ayudarás, Audrey. Dime, cariño mío; entre sufrir la vergüenza aquí, en ese mundo suyo que no perdona la pobreza, a vivir en otro país donde será respetada y mimada, la elección es obvia.

Audrey le besaba. Se olvidaba un poco de su amiga. Will tomó a su mujer en brazos y también se olvidó de Beatriz. Al rato la chimenea seguía chisporroteando y ninguno de los dos se daba cuenta...

Tenía los ojos muy abiertos. Fumaba un cigarrillo y la chispa de este producía en la pared cierta difusa claridad. Claridad que Beatriz no veía, pues sus ojos, húmedos de llanto, apenas se abrían y se cerraban en una fracción de segundo. Los apretó con fuerza, cómo si pretendiera alejar los pensa-

mientos torturadores. Pensaba en su padre. Estaba muerto. Solo le quedaba rezar por él. Era algo que ya no volvería jamás. Lo que quedaba allí, junto a ella, era la ruina total, la soledad. La vergüenza de ser repudiada sin explicaciones.

Era demasiado orgullosa para admitir de buen grado aquella derrota. De haber tenido un diario, habría escrito en él: «Me siento desolada y humillada. Tanto que mi orgullo se siente más humillado que desolado. He creído en el amor de James y le he querido. Le he querido como jamás quise ni querré a otro hombre. Y ahora, abandonada por él sin explicaciones, voy a ser la comidilla de toda la ciudad. Mi sociedad no perdona. Ello me mengua y me desvaloriza. Tía Gene me llamará a su lado, tendré que servirle el té y escuchar sus sandeces y oírle decir a cada instante: “Ya se lo decía yo a tu padre. Tu padre siempre fue un jugador con suerte, algún día tenía que fallarle”. Nunca podría vivir con tía Gene. Fue hermana de mi madre. Se quedó soltera, y nunca pudo perdonar a su hermana que se casara y fuera feliz junto a un tipo tan campanudo como era Hugo Mac Whirter».

Se quedó dormida con estos pensamientos, y a la mañana siguiente, cuando apareció ante su amiga, Audrey le dijo:

—Tienes buen semblante. Creo que has descansado bien.

Apenas había dormido. Pero admitió que había descansado.

—¿Sabes quién llamó por teléfono? Tu tía Gene.

Beatriz se estremeció.

Era una muchacha de estatura más bien alta, muy delgada, pero con las formas bien marcadas. Su busto era arrogante, sus senos menudos y túrgidos, de palpitante femineidad. Tenía una cintura breve y unas piernas perfectas. Las caderas redondas y su personalidad agudizada en extremo, contribuían a hacer de ella una mujer sumamente bella. Tenía el pelo rubio, de un rubio oscuro, casi castaño,

los ojos de un azul transparente, orlados de espesas y largas pestañas negras. La nariz recta, de forma clásica, la boca grande y húmeda, de labios sensuales. Los dientes blancos e iguales. Los hombres la miraban mucho. Era hermosa, personal y de un atractivo nada común.

—¿Gene? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí.

—¿Quién le dijo que me encontraba con vosotros?

—Al parecer llamó por teléfono a tu casa ayer noche, y se lo dijo un criado.

—¡Ah!

—Quiere hablar contigo.

No se iría con ella. Preferiría mil veces trabajar en el peor empleo, que vivir de limosna toda su vida, y escucharla, además, echar por tierra a su padre. Hugo Mac Whirter pudo ser un suicida insensato, pero jamás un mal padre. Ella le adoró. Bastó el hecho de haber quedado viudo tan joven y que jamás le dio una madrastra.

Fue su mejor amigo, su mejor compañero y consejero. No, nunca permitiría que tía Gene humillara a su padre muerto.

—Beatriz...

—Sí.

—Pareces distraída.

—Pensaba.

—¿En tía Gene?

—Ya sabes —susurró Beatriz sentándose ante la mesa, con el fin de dar principio al desayuno— que jamás pude tolerar a mi tía. Cuanto más ahora, que se cebará en mi desgracia. No se ha casado nunca, odia la juventud, y pasa su dinero por las narices de todos sus amigos y familiares. De estos, solo le quedo yo. Se gozará en hacerme saber que siempre odió a papá.

—No tienes necesidad de irte con ella. Nos tienes a nosotros.

—Eres muy buena —dijo con tenue acento—. Agradezco tu ofrecimiento, Audrey, pero ya sabes que no puedo aceptarlo. Soy joven, tengo que rehacer mi vida. No sé cómo ni en qué instante, pero de lo que sí estoy segura es de que no puedo perturbar la paz de la que tú y tu marido gozáis. Os habéis casado el otro día, como quien dice, y no tengo ningún derecho a importunaros.

—No digas eso.

Entró Will en el comedor.

—¿Por qué no dejamos esa conversación para otro momento y desayunamos? —Besó a su esposa en el pelo y palmeó el hombro de Beatriz—. Hay mil formas —dijo mientras se sentaba en su lugar habitual— para solucionar este problema. Ya pensaremos en ello.

—Es que hoy vendrá la tía de Beatriz.

—¿Gene? —rio Will, burlón—. Ya la frenaremos.

—Pretenderá llevarse a Beatriz.

Will volvió a reír.

—Ya no es menor de edad —comentó—. ¿Mantequilla, Beatriz?

—Gracias.

—¿Qué os parece si nos fuéramos hoy mismo a la finca a pasar el fin de semana los tres? En la quietud de aquellos lugares, junto a la chimenea encendida, pensaremos en la mejor fórmula para solucionar el problema de Beatriz. ¿Qué dices a eso, Audrey?

—Por mí, sí.

—¿Tú, Bea?

—No puedo alterar vuestras costumbres.

—Niña, no seas majadera. No alteramos nuestras costumbres —protestó Will haciéndose el ofendido—. Solo aumentaremos un ser a la partida de dos.

—Por eso mismo.

—Beatriz —protestó Audrey—, voy a ofenderme si sigues negándote.

—Es que...

—Sin que. ¿No es cierto, Audrey?

Una doncella interrumpió el debate, anunciando la visita de *miss Gene*.

Beatriz se puso en pie de un salto.

—Iré con vosotros —decidió sofocada—. Pero antes tendré que recibirla.

—Niégate. Nada te obliga a ello.

—La cortesía, Will.

—Es cierto. Ya me había olvidado de que existía semejante señora.

Las dos jóvenes hubieron de esbozar una sonrisa.

—Pásela al salón, Nati —ordenó Audrey—. La señorita Beatriz irá en seguida.

La doncella giró en redondo, y los tres personajes que quedaron en el comedor se miraron entre sí.

—Una vez la hayas despedido —dijo Will— nos iremos a la finca. Lo tenemos todo dispuesto.

—Que no te convenza —pidió Audrey—. Ya sabes lo que sufres a su lado.

—Prefiero ser una carga momentánea para vosotros, que ser para ella un entretenimiento eterno. No, no iré con tía Gene.

—Ve, pues, a despedirla.

Sonrió a medias. Se sentía tan menguada, que de buen grado hubiera desaparecido para siempre.

Se dirigió al salón a paso ligero. Era muy atractiva. Vestía a la última moda y llevaba la ropa con soltura. Todos los que habían conocido a su madre sabían que se parecía a ella, aunque su aire decidido lo había heredado de su padre, y esto era lo que la tía Gene no le perdonaría jamás.